

TIMOTHY O'GRADY  
Hijos de Las Vegas

Fotografías de STEVE PYKE  
Traducción de ENRIQUE ALDA

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	II
SHELBY SULLIVAN. Alumna .....	23
PARADISE .....	30
NEVADA STUPAK. Empresario. Hijo de propietario de casino .....	33
MÁQUINAS .....	48
LOUIS HARPER. Estudiante. Vendedor .....	53
EL FUNDADOR .....	60
ALESHA BEAUCHAMP. Auxiliar de guardería .....	63
CARTELES .....	72
CHRISTOPHER ERLE. Estudiante .....	77
BOMBAS, BODAS, VICIO Y EL DESIERTO .....	88
MELINDA MEDINA. Madre .....	93
HOGARES .....	102
KAITLIN REAVES. Estudiante .....	105
ENTRE BASTIDORES .....	112

GIOVANNA SARDELLI. Directora de teatro .....	119
AGUA Y TIEMPO .....	126
CINDI ROBINSON. Estudiante .....	131
INFANCIA .....	138
KENNETH PATRICK (ANTERIORMENTE KENNETH BAKER). Empresario .....	141
EPÍLOGO .....	155
AGRADECIMIENTOS .....	162

*Para Agata y Aleksandra Jacunska*

*Porque es... un brillante espejismo  
de riquezas, misterio y muerte.*

Richard E. Enfelter

## PRÓLOGO

VIVÍ DOS AÑOS EN Las Vegas. Era uno de los últimos lugares en los que esperaba encontrarme en esa etapa de mi vida, pero ahí estaba. Me ofrecieron una beca de investigación y después me quedé para dar clases. Compramos un viejo Mazda dorado, descolorido y consumido por el sol, y alquilamos un apartamento junto a un campo de golf en Henderson. Desde el pequeño balcón veía la incesante retahíla de aviones que llevaban turistas al Strip. El «joyero», tal como lo describió una bisabuela a su bisnieto. Los dos aparecen en las páginas de este libro. Por la noche, si se mira en la dirección adecuada, se ve el Strip desde cualquier punto del valle. Es como una pequeña galaxia que palpita en el desierto. Las Vegas quizá consiga que te olvides del tiempo y del espacio, pero te recuerda continuamente por qué has ido.

En tiempos creía que era la ciudad que más me gustaría conocer. Fue la que elegí cuando me pidieron que hiciera una redacción en el colegio sobre mi lugar favorito para ir de vacaciones. Tenía catorce años y ni siquiera sabía qué podría hacer allí. Pero su aureola bastaba. Quizá pensé que mi elección les sorprendería, que sacaría mejor nota que los compañeros que querían ir a la Super Bowl, a pescar en Wisconsin o a ver museos en Madrid. Fue poco antes de que un sudoroso Elvis empezara a dar golpes de kárate en los escenarios embutido en trajes espaciales llenos de pedrería. Todavía era un lugar enrollado o, al menos, tenía fama de serlo. Era nuestra versión de la Costa Azul. Aparecía continuamente en la televisión: largos coches con altos alerones, porteros

que guiñaban el ojo y trajes estilo Sammy Davis Jr. Las Vegas era licenciosa, urbana y ladina. A sus habitantes no les importaba vivir al límite. Se reían de la frivolidad con la que dilapidaban el dinero o su reputación. Incluso las mujeres eran libertinas. Se notaba en el brillo de sus ojos diamantinos cuando jugaban a la ruleta. Más tarde me enteré de que Simone de Beauvoir dijo de la ciudad: «No tiene burguesía ni moral burguesa».

Cuando llegué cuatro décadas más tarde ya no me atraía, pero, aun así, me dediqué a observarla. Te lo pide, y es difícil negárselo. Paseé, conduje, hablé y me senté en el balcón intentando comprender no solo el Strip, sino la ciudad en sí, cuyas líneas bajas y colores pálidos se extendían por el valle hasta el horizonte. Es una estrella mundial. Encandila. Siempre que se menciona, provoca una respuesta: fascinación, envidia, un arqueo de cejas o una advertencia paternalista. Si has estado en primera fila, tus conocidos te piden que les hables de ella.

Pero no la entendía. Ni durante el primer mes ni al cabo de un año. Parecía distante, como algo que se aleja con la marea. Las casas están rodeadas de muros y las ventanas tienen cristales opacos. Los conductores circulan encumbrados, ocultos por cristales tintados en monovolúmenes del tamaño de coches de bomberos. Prácticamente nadie camina. Los edificios parecen distanciarse cuando te aproximas a sus inmensos aparcamientos o entradas. Al abrir la puerta de un bar, uno se adentra en la noche perpetua que crean las ventanas ennegrecidas. Las caras que miran desde las tragaperras son como murallas. No hay un punto de referencia, una plaza mayor o un céntrico distrito financiero con oficinas que salen en mangas de camisa en su hora libre, no tiene los jardines de Luxemburgo ni el Central Park, solo una baratija resplandeciente que se ve desde el espacio, cuya superficie brillante y colores electrónicos te adentran más y más en cavernas que no dejan de ser mera superficie. ¿A quién pertenece? No a las

personas que vi en los supermercados. En el centro, los visitantes son la aristocracia; los residentes, sus vasallos.

Tampoco es que conociéramos a muchos visitantes o residentes. En nuestra urbanización había tres piscinas y unas ciento y pico viviendas, pero apenas pasaba nada. En dos años nunca vimos a los vecinos del piso de abajo, aunque estaba habitado, lo sabíamos por la luz azul grisácea que se filtraba por las persianas permanentemente bajadas. Se oía el zumbido de los aires acondicionados, motores de coche que se apagaban, la sombra de alguien que volvía tarde a casa, ampliada en el muro por una luz a ras de suelo. Pero las caras escaseaban. La única que vi con regularidad desde la ventana del dormitorio fue la de un hombre delgado de mediana edad, con el pelo engominado y ligas en lo alto de las mangas de su camisa blanca, que iba a repartir cartas con expresión adusta. Suponíamos que lo que había a nuestro alrededor eran casas o antiguas casas de jubilados, viviendas embargadas, de personas que pasaban allí el invierno, de los que preparaban cócteles, cambiaban las toallas o hacían girar las ruletas. Pero no los veíamos y no entendíamos por qué. ¿Dónde se había metido la gente en lo que hasta hacía poco había sido la ciudad con mayor crecimiento de Estados Unidos? ¿Por qué parecía todo tan lejano?

A veces paseábamos a última hora del día por el campo de golf. El punto de salida del undécimo hoyo estaba debajo de nuestro balcón. Si cuando íbamos por la calle los muros eran prácticamente nuestra única compañía, en aquellos paseos solo veíamos jardines traseros, jardines de casas grandes y pequeñas, o jardines de mansiones estilo mausoleo. Nada en ellas dejaba entrever que estuvieran habitadas, no había ni una sola toalla, juguete o raqueta de tenis a la vista. Las ventanas estaban vacías. Parecían ocultas tras una especie de malla del color del desierto. Era como entrar en una habitación llena de gente con los ojos y la boca cosidos, como un capítulo de *En los límites de la realidad* sin argumento.



STEVE WYNN inauguró el Mirage diez años antes de que llegáramos. Tras recaudar seiscientos cuatro millones de dólares en Nueva York, construyó el mayor casino del mundo y lo llenó de accesorios de lujo: un acuario de doscientos mil litros con tiburones pigmeo y rayas, una selva tropical totalmente ecológica en la planta baja y un volcán gigantesco en la parte delantera, que entraba en erupción cada quince minutos. Lo atendían cuatro mil empleados.

Había sido una gran apuesta y había merecido la pena. A la inauguración acudieron doscientas mil personas. La ciudad vivió otra bonanza. Más que las salas de juego o los espectáculos, la nueva atracción eran los complejos hoteleros. Se demolieron los hoteles antiguos, incluso el Desert Inn, y se construyeron otros enormes que parecían salidos de Disneylandia, como el Excalibur, el Treasure Island y el MGM Grand, o con temática veneciana, parisina, neoyorquina o del Antiguo Egipto. Al poco había más habitaciones de hotel en la intersección de Las Vegas Boulevard y Flamingo que en todo San Francisco. Para entonces, ya había casinos en veintitrés estados del país, pero Las Vegas seguía creciendo debido a que los estadounidenses gastan la misma cantidad del producto interior bruto en el juego que en alimentos. Recibía cuarenta y un millones de visitantes, más que La Meca. Se podían ganar setenta mil dólares aparcando coches o repartiendo cartas, y de una sola tanda pasar de un parque de caravanas a una casa de clase media. Se produjo una nueva migración. Los padres de varias de las personas cuyas historias se narran en este libro se encontraban entre los que llegaron en esa oleada.

En el segundo año que estuve en Las Vegas empecé a dar clases. Para entonces, el periodo de prosperidad había acabado. Se veían obras inacabadas por todas partes, incluso en el Strip.

*¿Por qué le han puesto ese nombre?  
Es como si no quisieran que la gente lo supiera.*

Un turista contemplando el Mirage

*No te preocupes si tus hijos no te prestan atención.*

*Preocúpate si te vigilan.*

Robert Fulghum

## SHELBY SULLIVAN

### Alumna

ÉRAMOS FELICES, HASTA QUE dejamos de serlo. Pasé una infancia ideal. Teníamos una casa y había niños con los que jugar. Vivíamos en un buen barrio. Mi padre era chef en el Treasure Island y mi madre, cajera en el Mirage, en el que sigue trabajando. Se conocieron cuando vivían en el mismo bloque de apartamentos del centro. Esto les gustaba. Entonces pasó una cosa, y después otra, y otra. Caímos en picado rápidamente.

Mi padre bebía. Pasó mucho tiempo hasta que me enteré. Imagino que era demasiado pequeña para darme cuenta. En el jardín había una barbacoa tipo pozo de los deseos. La tapábamos con una tabla y un día la levantamos y encontramos las botellas vacías que mi padre había escondido allí. Un día se bebió ocho latas de cerveza antes de ir a trabajar y lo despidieron. Aquello fue el principio, supongo. Después mi tía, la hermana de mi madre, se instaló en nuestra casa y empezaron las broncas. Mi madre y ella discutían hasta por las toallas. «¡Qué has hecho con el trapo de la cocina!». Empezaban así y la trifulca degeneraba hasta que mi madre gritaba: «¡Lárgate de mi casa!». Entonces, mi tía respondía: «Sí, claro. Como si esto fuera tuyo y esto, y esto. ¡Todo es tuyo!». Mi madre se enfadaba con mi padre si no intervenía, pero si lo hacía y atacaba a su hermana, se ponía hecha una furia. Mis padres también discutían por el dinero. Mi madre tenía seis tarjetas de crédito en números rojos. Compraba cosas, apostaba... Decía que se lo mere-

cía, porque se había ocupado de nosotros cuando mi padre no tenía trabajo y era la esclava de todos. Mi tía y su hija discutían sobre cuál de las dos era peor madre. Es una pesadilla. En mi familia, si algo sale mal se grita más que la otra persona y se le recuerda todo lo que haya hecho antes para mortificarla.

Cuando mi tía vino a vivir con nosotros yo debía de tener unos once años. Había estado viviendo un tiempo con su hija, hasta que esta la echó. Mis abuelos también la echaron, les llenó la casa de la basura que recoge. No podían soportarlo. Entonces, mi madre la acogió. De joven, mi tía había llevado una vida desenfundada. Trabajaba en un casino y después se iba de bares. Cuando mi prima era pequeña, tenía los números de teléfono de los bares a los que iba mi tía y sabía el nombre de todos los camareros y sus turnos de trabajo. Mi tía tuvo muchos novios, como el alcohólico con el que concibió a mi prima y un rico hispano muy dominante, entre otros. Estuvo liada con un drogadicto que le dijo que era piloto. Más tarde, acabó pagándole las clases de vuelo. Una vez discutieron y la atropelló con el coche. Ahora ya no va de bares. Toma meta, trabaja a tiempo parcial como crupier en el Boulder Station y juega. Vuelve a casa sin nada, se funde toda la paga. Y sigue acumulando basura. Da vueltas con el coche o espera en los guardamuebles para recoger lo que tira la gente.

Al poco de venir a casa, mi madre y ella empezaron a ir al casino Sam's Town, en la autopista Boulder. Era el favorito de mis abuelos. Mi madre jugaba al bingo y a las tragaperras, y mi tía en las mesas y a las tragaperras. Cuando mis abuelos y mi tía se iban, mi madre se quedaba. Decía que volvería enseguida, pero nunca lo hacía, y cuando al día siguiente iban a buscarla, seguía allí. Había sacado todo el dinero que había podido de sus tarjetas de débito y crédito.

Quizá no se pueda achacar todo a una sola cosa, a una persona en particular. Quizá no sea justo. Pero me resulta difícil no culpar a mi tía por todo lo que nos ha pasado. Recuerdo el cariño de mi madre. Aceptó a mi tía porque era una persona bondadosa que

canjear algún día. Atraen a las abejas. Hay que pasar corriendo para evitarlas. En otros tiempos era un hogar decente. Ahora hay basura por todas partes y plantas muertas en mi ventana. La pintura de las paredes se está descascarillando por los productos químicos que utiliza para fregar sus cosas. Siempre sale agua de la manguera. En casa no hace nada, pero pasa horas limpiando su basura. Saca piedras del suelo y las lava. He llegado a un punto en el que incluso me parece normal, hasta que imagino lo que pensaría otra gente si lo viera o se lo contara. Una vez se lo comenté a mi jefe y se quedó muy sorprendido. «Pero siempre estás sonriendo —dijo—. Creía que llevabas una vida fácil, que eras una niña rica malcriada».

Estoy ahorrando para comprarme un coche y, después, un sitio para vivir. Tengo que pagarme la universidad. Mi padre me ayudó el primer semestre con los libros de texto, pero cuando mi madre se enteró, me obligó a darle los seiscientos dólares que me había dejado mi padre. Dijo que ese dinero era suyo. Apunta todo lo que le debo en una lista.

La gente viene a Las Vegas para desfogarse y después se va. Pero yo estoy atrapada aquí. Cuando veo las luces de la ciudad, pienso en todos los sitios que no iluminan. Creo que vivo allí, en esos lugares. Las sombras te hunden. Hay demasiada distancia entre las luces y yo.



SHELBY SULLIVAN se licenció en Literatura Inglesa en la UNLV en diciembre de 2013 y está preparándose para ser profesora de Lengua en un instituto. Mientras tanto, sigue trabajando en Las Vegas, en un establecimiento de comida rápida Sonic. Finalmente, echaron a su tía de casa. Luego, perdió su trabajo en el casino. La madre de Shelby dejó de tomar drogas y su relación mejoró muchísimo. Le gustaría vivir en el este o quizá en Wisconsin, donde nació su madre.



## PARADISE

EL STRIP NO ESTÁ en Las Vegas, sino en un distrito que no pertenece a la ciudad, llamado Paradise. Crear ese enclave fue idea de la Mafia, para evitar pagar impuestos. No conseguí enterarme de quién le puso el nombre ni en qué estaba pensando cuando lo hizo.

Es una ciudad en la que todos los adjetivos se utilizan en superlativo: el mayor, el más alto, el más rápido, el que más litros o rosas o megavatios tiene. Utilizar un lenguaje moderado sería desatender un deber ciudadano. La tarta del centésimo cumpleaños de Las Vegas se hizo con ciento treinta mil huevos, treinta y seis mil tazas de azúcar y once mil kilos de harina. El alcalde, Oscar Goodman, comentó: «La gente me ha preguntado que por qué habíamos preparado una tarta de cumpleaños tan grande. Bueno, solo se cumplen cien años una vez, y una más pequeña no sería propio de Las Vegas. Tenía que ser la más grande, la mejor, la más atractiva, eso es Las Vegas. Esta tarta es un símbolo para nosotros, la mejor ciudad del mundo merece la mejor fiesta del mundo».

Las Vegas dice ofrecer el mayor espectáculo jamás concebido por un cerebro humano, un paraíso hecho a medida de cada perso-

---

na, al menos mientras le dure el dinero. ¿Cuál es la esencia de ese paraíso? El difunto Hal Rothman, historiador de la Universidad de Nevada, dijo: «La diferencia entre Venecia y el Venetian es que este último está más limpio, es menos ruidoso y cuenta con todo tipo de comodidades. Toma el mundo tal como es y lo transforma en lo que a uno le gustaría que fuera, si estuviera en sus manos». Es, o se anuncia, como una fantasía, un escape, un lugar en el que la diversión lo es todo, donde a uno le basta imaginar quién le gustaría ser, para serlo, donde uno se aleja de la razón y actúa según sus impulsos, un refugio en el que Dionisio se impone a Apolo las veinticuatro horas del día y nadie emite juicios morales. No hay por qué preocuparse. Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

Paradise significa jardín. Afrodita le ofrece una manzana a Paris, igual que las Hespérides a Hércules, pues la manzana permite el acceso a los Campos Elíseos, el jardín de Occidente al que solo van los héroes. Todos los paraísos del Neolítico y la Edad de Bronce eran jardines, como el de la Biblia, aunque en ese, el que una mujer ofreciera una manzana a un hombre fue una artimaña que provocó la caída, en vez de la vida eterna.

---

---



## NEVADA STUPAK

### Empresario Hijo del propietario de un casino

MI PADRE LLAMÓ A un especialista y le ofreció un millón de dólares por saltar del Stratosphere. La caída libre desde mayor altura jamás intentada. Ese día no fui al colegio. Vi al tipo, apenas era un punto diminuto en la cornisa. Estuvo más de veinte minutos pensando seriamente lo que iba a hacer. Después se lanzó, descendió volando y aterrizó en un colchón inflable. Todo había salido a la perfección, bajó de un salto y fue hacia mi padre para recoger el millón de dólares. Creía que lo había conseguido. Mi padre le preguntó: «¿Has leído el contrato?». Y el tipo contestó: «Sí, soy millonario». «Vuélvelo a leer —le indicó mi padre—. Incluye una tasa de aterrizaje de novecientos noventa mil dólares». El tipo flipó. Había arriesgado la vida por diez mil dólares. Pero ¿qué podía hacer? Era un especialista, no un empresario. No leía los contratos.

Así se hacían las cosas en Las Vegas antes de los superchefs y las superhabitaciones. Era un carnaval continuo, el circo Barnum & Bailey, Evel Knievel saltando en su moto por encima de autobuses. ¡Cupones! ¡Dos por uno! ¡Pruebe su suerte! Mi padre siempre estaba inventando primicias: promociones, descuentos, nuevos juegos de casino. Una de sus ofertas incluía jugar al tres en raya contra una gallina. Crecí en ese ambiente. Venían acróbatas a casa y hacían saltos en el trampolín. Me sentaba en el escenario para estar más cerca de un imitador de Elvis. Se llamaba

Morris. Un asiento en primera fila no habría bastado. Creía que era Elvis realmente. En esos tiempos, Morris era mi ídolo.

Mi padre creció con el juego. Su padre dirigía un garito en Pittsburgh en el que se organizaban partidas de dados ilegales, en el tercer piso de un restaurante-bar llamado Lotus Club. Duró cincuenta años. Chester Stupak era un hombre importante. Conocía a todos los policías y políticos de la ciudad. Había una mesa de billar, dados y una ventana corredera en la puerta. Estuve allí cuando aún funcionaba. Si algún competidor abría otro garito, mi abuelo intentaba desmantelarlo. Ese fue el modelo de mi padre: artesano. Todo lo que trajo Steve Wynn era de primerísima calidad: vestíbulos de mármol, alfombras de lujo y arte contemporáneo. Mi abuelo solía poner un montón de pan, un montón de mortadela y un montón de queso. Si alguien tenía hambre, podía prepararse un sándwich. Mi padre era igual. Según él, a un jugador solo le interesa la mesa, las fichas y el crupier, no si el restaurante o el arte son buenos.

Mi abuelo le enseñó las matemáticas del juego a mi padre. Lo único que tenía que hacer era dejar entrar a los clientes y que las probabilidades produjeran dinero. En el *blackjack*, el número era 1,5. Ese era el porcentaje de ventaja de la casa. «En todas las apuestas se pierde dinero —me decía—. Apostar diez mil dólares en el *blackjack* cuesta ciento cincuenta dólares». Tardé en entenderlo. «¿Y si ganas?», replicaba. «Da igual, sigue costándote ciento cincuenta dólares». «Pero ¿por qué? —insistía—. Tienes los diez mil que acabas de ganar». «A la larga, la ventaja estadística de la casa es de ciento cincuenta dólares». Yo pensaba en situaciones reales y él, en probabilidades matemáticas. Todo el mundo puede tener suerte. Las historias de los grandes ganadores son el mejor reclamo para promocionar el negocio del juego. Consiguen hacer creer a la gente que puede ganar, aunque la mayoría de los jugadores son personas desesperadas que pierden dinero, porque las matemáticas nunca fallan. Mi padre lo aprendió de niño.

## MÁQUINAS

NADA MÁS ATERRIZAR, EN cuanto se sale de la terminal de llegadas, se ven las hileras de máquinas tragaperras. Se puede empezar a jugar al poco de llegar o antes de embarcar para irse. Las fachadas de los hoteles del Strip tienen temáticas diferentes, pero todos cuentan con una sala enorme, en la que cabría un avión, con moqueta de dibujos, camareras que acarrear bebidas y cientos de máquinas. Canturrean y centellean, y tienen imágenes como las de los juguetes de los niños. Están en los pasillos, en los lavabos, en las terrazas de los restaurantes. Se consulta a psicólogos sobre la configuración óptima de las fáciles y las difíciles. La gente se acomoda delante de ellas con ceniceros, bebidas de tamaño familiar y perritos calientes, como si estuvieran acampados o llevaran quince horas viendo la televisión.

Los casinos se extienden desde el Strip y atraviesan el valle. Los hay pequeños, como los de la autopista Boulder, y otros como los de la cadena Station, que se elevan por encima de todos los edificios del distrito. En los bares hay máquinas en las paredes y pantallas de póquer en la barra. Las gasolineras tienen máquinas. En la más cercana a casa había cuatro a lo largo de un escaparate, frente a una estantería con aceite para motores, y otra en el pasillo

---

## AGRADECIMIENTOS

ME GUSTARÍA DAR LAS gracias al Black Mountain Institute de Las Vegas por proporcionarme el momento y el entorno para llevar a cabo este libro. Tom y Mary Gallagher avalaron mi beca de investigación y nos hicimos amigos. Nuestra casera, Sheila Siino, fue una cálida y generosa presencia durante el tiempo que pasamos en la ciudad. Judith Nies, compañera del Black Mountain, me habló de la relación de las luces de Las Vegas y las minas de carbón de las tierras de los navajos. Su libro *Unreal City* trata ese tema. *Beneath the Neon* y *My Week at the Blue Angel*, de Matthew O'Brien, me proporcionaron una valiosa introducción. Steve Pyke vino inmediatamente a Las Vegas cuando le hablé de estas historias y, junto con su mujer, Nic Kaczorowski, hizo los retratos que aparecen en el libro. Mi agente David Godwin ha apoyado este proyecto desde que lo leyó. Quiero dar las gracias a Fong Hoe Fang, y a su Ethos Books en Singapur, y a John Mitchison y a Rachael Kerr, de Unbound, que me ayudaron a rescatar otro de mis libros hace veinte años, y a toda la gente con la que trabajé en esa editorial. No daré las gracias a las personas que entrevisté, pues son tan autores de este libro como yo.